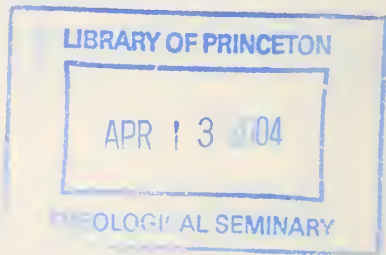


PERIODICALS

PER
BX
1427
.A1
P483
no.
69-145



PER BX1427.A1 P483

Pentecostes.

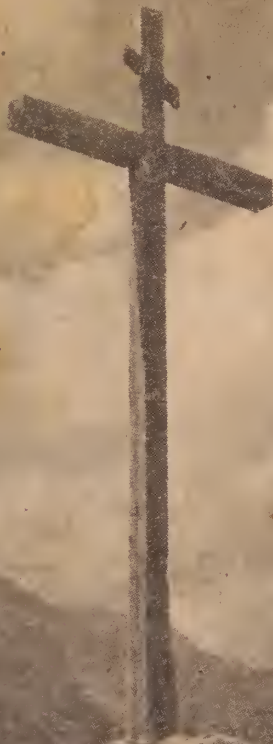




Digitized by the Internet Archive
in 2016

<https://archive.org/details/pentecostes8119apos>

LAP



'PENTECOSTES'

Epoca 3a.

Núm. 81

1º de Septiembre - 1951



LA SANTA MISA

— IX —

LA Santa Misa, por ser un sacrificio, parece que debía ser algo fúnebre y triste; no es así, sin embargo; antes bien, es todo lo contrario: es una FIESTA.

La Santa Misa es una fiesta que se prolonga a través de todo el año, con el mismo tema, pero con variaciones tan múltiples como hermosas. Por eso la Santa Misa tiene una parte que es invariable: *el canon*; y otra que es diferente según las diversas etapas del ciclo litúrgico o los santos cuya fiesta celebra la Iglesia en ese día.

Y así la Santa Misa es una fiesta de gozo y de paz, en el tiempo de Navidad; y de adoración al Dios Niño que se manifiesta a los hombres, en el tiempo de Epifanía; y de gozo triunfante en la Pascua; y de gozo henchido de esperanza en la Ascensión; y de gozo íntimo en Pentecostés.

Cierto que ese gozo se vela un tanto en los tiempos austeros del Adviento y de la Cuaresma; pero no a tal grado que no se sienta latente y que a las veces no haga explosión, como en las Dominicas "*Gaudete*" y "*Laetare*".

El año natural, con la sucesión de sus estaciones, es también una fiesta: fiesta de renacimiento en primavera, fiesta de madurez en verano, fiesta de los frutos cosechados en otoño. Y hasta el invierno, no nos oculta la hermosura de la tierra, sino para descubrirnos mejor la hermosura del cielo: el invierno es la fiesta de las noches límpidas y estrelladas.

Y el mismo día es una fiesta, una fiesta de luz con la suavidad de la aurora en la mañana; con el fuego del mediodía, con el oro y la sangre del atardecer...

Y sin embargo, esos no son sino símbolos de la gran fiesta del ciclo litúrgico —que tiene como centro la Santa Misa— y en la que Jesús es la luz del mundo, —*lux mundi*—, que nace en navidad, que va creciendo hasta el esplendor de la Pascua y que se oculta después en lo íntimo de las almas para realizar en ellas maravillas de santidad.

* * *

La Santa Misa es una fiesta; por eso ha de ser *cantada*. ¿No es el canto el lenguaje del amor y de la alegría? Pero cantada por todo el pueblo cristiano, con esas súplicas de los “*Kiries*”, con esas aclamaciones del “*Gloria*”, con esas explosiones de fe del “*Credo*”, con esos saludos cambiados entre el sacerdote y los fieles, “*Dominus vobiscum*”—“*Et cum spiritu tuo*”, con esas aclamaciones afirmativas del “*Amen*”.

Por eso la “*schola*” repite varias veces el “*alleluia*”, exclamación de gozo que los “*neumas*” gregorianos prolongan con sus ondulaciones tranquilas, con su balanceo melodioso, con su sello admirable de sobriedad, de discreción, de calma, que eleva insensiblemente, que hace orar; sí, sobre todo, que hace orar, porque es un canto que ora y una oración que canta...

* * *

La Santa Misa es una fiesta, porque es un *banquete*. En la familia y en la sociedad no puede celebrarse una fiesta sin un banquete, donde la alegría se desborda, y la unión se estrecha, y el afecto se acrecienta.

Y la Santa Misa incluye la comunión, que es “*el sagrado banquete en que nos comemos a Jesús*” y nos abrevamos con su Sangre Divina. Y unidos con Cristo, todos los fieles se unen entre sí, formando “*un solo corazón y una sola alma*”, y el gozo de Cristo se difunde por todo su Cuerpo místico.

Ese banquete de la comunión es al mismo tiempo la prenda y el gusto anticipado del banquete eterno del cielo, donde nos saciaremos con la Divinidad y celebraremos unidos la fiesta eterna del cielo...

APLICACION PRACTICA

Primitivamente la Misa era siempre solemne, es decir, cantada. Las misas rezadas son como una abreviatura, un compendio, en vista de que los fieles cada vez tienen menos tiempo para Dios. Apremiados por sus ocupaciones, la media hora de *misa* todavía les parece larga.

En cambio, no les parecen largas las horas que dedican al deporte, al cine, a la lectura de los diarios, a conversaciones frívolas.

Una misa cantada, ¿quién la soporta? Una misa pontifical, con todo el esplendor del culto católico, ¿quién puede tolerarla?

Y, sin embargo, nuestros padres en la fe en eso encontraban su mayor satisfacción; porque era vivo su espíritu de fe, porque tenían educado el gusto litúrgico, porque eran hombres espirituales; y San Pablo ha dicho esta sentencia terriblemente dura y humillante, que fustiga como un latigazo: "*¡El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios! Son para él una locura y no puede entenderlas, porque para ello había que juzgarlas espiritualmente (1)*".

¡Cuántos, cuántos cristianos que se han materializado a tal grado, que el culto divino, —que se apodera de todo el hombre, que ilumina su inteligencia, que mueve su voluntad, que emociona su corazón y hace vibrar su más exquisito sentido artístico—, a ellos les parece insípido, fastidioso, aburrido y no hayan la hora de salir del templo para entregarse a ocupaciones propias no del hombre celestial —que debía ser todo cristiano—, sino del hombre animal, "*animalis homo*", como lo llama San Pablo!

Antiguamente, las fiestas de precepto, además de los domingos, eran muy numerosas. La Iglesia, para evitar mayores males, las ha ido suprimiendo hasta quedar reducidas a un número verdaderamente insignificante.

¡La materialidad de la vida moderna ya no soporta tanto gozo litúrgico, tanta alegría espiritual!

Hay que dársela en dosis homeopáticas: una media hora escasa a la semana y... ¡ya es demasiado!

Un ejemplo de esa decadencia lo tenemos en la música. Sólo quien tiene un gusto artístico educado puede saborear una fuga de Bach, o una sinfonía de Beethoven, o un estudio de Chopin. ¿A qué grado se habrá degenerado el gusto musical cuando a la sociedad de nuestros tiempos le satisface el jazz que tiene mucho de ruido y nada de música?

Si para gustar a los clásicos se necesita sentido artístico, para saborear el canto gregoriano se necesita un verdadero sentido espiritual, es decir, ser un alma de vida interior, animada por el Espíritu de Dios.

No, el culto divino con todo su esplendor, no es un lujo, es una necesidad, tan necesario como el Dogma y la Moral, puesto que Dogma, Moral y Culto son tres partes integrantes de la Religión.

(1) I Cor., II, 14.

El día en que resurja la vida litúrgica en el pueblo cristiano, se avivará la fe, se moralizarán las costumbres y se renovarán la vida cristiana con el fervor de los primeros siglos.

Desde hace unos 50 años, este resurgimiento litúrgico ha comenzado. En él ha tenido una influencia de primer orden el Beato Pío X. En Europa, en Canadá y en Estados Unidos se encuentra en pleno desarrollo. En México se han hecho esfuerzos en este sentido desde hace unos 30 años; esfuerzos más o menos aislados, que han encontrado obstáculos en los prejuicios, en las tradiciones y costumbres —que más bien debieran llamarse corruptelas— y hasta en las bromas con que se trata de ridiculizarlos.

A pesar de todo, la obra de Dios se abre paso y algún día triunfará.

¡Dichosos los que contemplan ese triunfo!

J. G. TREVIÑO,

M. Sp. S.



P E N T E C O S T E S

REVISTA MENSUAL

Dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

ORGANO DE LOS APOSTOLADOS DE LA CRUZ Y DEL ESPIRITU SANTO

Epoca 3ª

Núm. 81

19 de Septiembre de 1951

DIRECTOR RESPONSABLE: J. G. TREVIÑO

Apdo. N° 1580. Ofic.: Madero 42-31. Tel. 35-00-99. México 1, D. F.

Suscripciones: por un año \$ 1.25. Número suelto \$ 0.12. En el extranjero: Dls. 0.25. A los Agentes les hacemos descuentos especiales. A la persona que nos coloque 5 suscripciones, pago adelantado, le obsequiamos una por un año.

De Licentia Ordinarii - Superiorum Permissu - Propiedad literaria y artística aseguradas

Registrada como artículo de 2ª clase en la Oficina de Correos de México,
el 27 de abril de 1937.



Los Apóstoles Bajo la Dirección del Espíritu Santo

(Concluye)

EL centurión Cornelio, hombre muy religioso, que formaba parte de la cohorte llamada "*la Itálica*", vivía en Cesarea; y movido por una gracia secreta, deseaba sinceramente el reino de Dios. Un día, a la hora nona, tuvo una visión en la cual se le presentó un ángel y le dijo que fuera a Joppe a buscar a Simón apellidado Pedro, que vivía en la casa de otro Simón, curtidor de oficio.

Cornelio envió a dos de sus criados a buscar a Pedro. Al día siguiente, a la hora de sexta, antes de tomar su alimento, Pedro fué arrebatado en espíritu. Vió el cielo abierto y como un gran mantel que descendía lleno de toda clase de animales, puros e impuros. Al mismo tiempo oyó una voz que le decía: levántate, Pedro, mata y come.

—Me guardaré bien de hacerlo, Señor, —respondió el Apóstol—; porque no he comido nunca cosa que fuese impura o manchada.

—¿Cómo —replicó la voz— llamas impuro lo que el Señor ha purificado? Y por tres veces la visión se repitió.

San Pedro se preguntaba qué significaría esta visión, cuando los criados de Cornelio llamaron a la puerta. El Espíritu entonces le dió a conocer el significado y comprendió que Dios no hace acepción de personas, de manera que todo el que tiene la fe es puro y agradable a sus ojos.

Siguió pues a los criados del centurión y se trasladó a Cesarea. Una numerosa reunión de gentiles se había congregado en la casa del centurión; Pedro les dirigió la palabra, y mientras les estaba hablando, el Espíritu Santo descendió sobre ellos y les confirió el don de lenguas. Desapareció entonces toda vacilación en el corazón del Apóstol y a todos los bautizó en el nombre de Jesucristo.

* * *

Tal es el gran acontecimiento que derrumba el muro de separación detrás del cual los gentiles esperaban la redención. Este muro estaba formado por ignorancias de la gentilidad y por prejuicios del judaísmo y tanto aquéllas como éstos desaparecieron al sople del Espíritu Santo.

San Pedro estaba plenamente convencido de esta intervención del Espíritu Divino; pero tuvo que justificar su conducta ante los demás Apóstoles y los Hermanos de Jerusalén; y lo hizo refiriéndoles los milagros que motivaron el bautismo de Cornelio y de los gentiles que lo acompañaban. Estas explicaciones fueron recibidas con respeto y aceptadas con una jubilosa aquiescencia.

Sin embargo, el problema debía presentarse de nuevo algunos años más tarde en Antioquía. Y aún fué discutido con acrimonia. Varios judíos convertidos querían a toda costa que se circuncidara a los gentiles convertidos y que se les sometiera a todas las demás observancias de la ley mosaica. Su insistencia fué tan lejos, que los Apóstoles tuvieron que reunirse en Concilio, en Jerusalén, para dirimir la contienda con una decisión solemne.

San Pedro tomó la palabra y declaró que era tentar a Dios pretender imponer a los convertidos de la gentilidad un yugo que "*ni nuestros padres ni nosotros hemos podido sobrellevar*", agregó. Esta última palabra era un golpe terrible a las observancias mosaicas; había pasado su tiempo, quedaban derogadas, porque no convenían a la libertad cristiana. El discurso de Pedro fué escuchado como venido del cielo y todos se apresuraron a aceptarlo. Después de algunas explicaciones de Santiago, fué redactada la carta de la libertad cristiana y publicada por los Apóstoles reunidos en torno de su jefe. Este fué un encabezado: "*Nos ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros...*" Fué, pues, dictada por el Espíritu Santo que se cernía sobre aquella asamblea, animándola sensiblemente con su sople.

* * *

Más tarde hubo todavía protestas violentas, por parte de algunos judaizantes tercetos, porque se admitían a gentiles en la iglesia pura y sencillamente. Hubo una réplica célebre en Antioquía en la cual nos repugna ver comprometida la persona del Príncipe de los Apóstoles; también hubo un principio de cisma en la iglesia de Galacia; pero fueron éstas como las supremas convulsiones del Judaísmo que moría.

San Pablo en su carta a los Gálatas les declara formalmente que el que se apega a los ritos antiguos, como a una cosa necesaria e indispensable a la salvación, se pone él mismo fuera del camino de salvación, que es Jesucristo y sólo Jesucristo. De esta manera los ritos antiguos no sólo dejaron de ser una fuente de vida, sino que se convirtieron en una causa de muerte. No era posible soportar que la naciente libertad cristiana permaneciera ligada a un organismo que se había convertido en un cadáver.

Nos complace hacer notar de paso lo que hicieron los Apóstoles por esta libertad cristiana que implicaba la liberación del mundo: esclavitud de los vicios, esclavitud de los errores, esclavitud causada por las múltiples trabas de una ley de temor; todas estas cadenas las rompió la palabra apostólica, o más bien el Espíritu Santo. "*Donde está el Espíritu —dice San Pablo— ahí está la libertad*".

El judaísmo sectario respondió a la admisión de los gentiles en la Iglesia con una persecución que degolló a Santiago el Mayor y estuvo a punto de hacer morir a San Pedro. Liberado milagrosamente por un ángel, puso su Cátedra en Antioquía, como nos lo enseña una tradición incontestada. De esta manera, la Iglesia se estableció oficialmente entre los gentiles, rechazada violentamente y amenazada como lo estaba por los judíos.

Pero la iglesia de Antioquía no era ni para el Príncipe de los Apóstoles ni en los designios de Dios más que una etapa. En una época que es difícil precisar históricamente de una manera segura, San Pedro trasportó su Cátedra pontificia a Roma, en el pleno corazón de la gentilidad, en la capital de los Césares. Para la mirada humana esa traslación fué un golpe de singular audacia, un rasgo genial; para el Apóstol fué la ejecución de un designio providencial que le fué claramente manifestado por el Espíritu Santo; porque, si bien el libro de los "*Hechos de los Apóstoles*" no lo dice, la tradición lo asegura.

La reprobación de los judíos y la vocación de los gentiles pasaron así al dominio de los hechos consumados, por el abandono de Jerusalén y la elección de Roma. De esta manera cambió de lugar el eje religioso del mundo.

Hemos demostrado que esa transformación, única y prodigiosa, se debió a la moción del Espíritu Santo y se produjo bajo la forma de visiones y de inspiraciones. La iniciativa exterior se atribuye, como es conveniente, a San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles; pero el Espíritu Santo le proporcionó para esta obra extraordinaria una ayuda incomparable en la persona del Apóstol San Pablo, su compañero de martirio.

En el siguiente artículo estudiaremos la fisonomía cautivadora del Apóstol de los gentiles.

SEMINATOR CHRISTI.

¿Se ha vuelto más ancha la puerta del Cielo?

TODOS los días vemos en las cercanías de los grandes teatros y cinematógrafos colas interminables de gentes que permanecen horas y horas de pie, al aire libre con frío o con calor, sin abrigo que los defienda, aguardando que se abra la boletería para comprar sus entradas, por las cuales pagan no pocos pesos y hasta tienen que dar alguna propina.

Si el asistir a Misa los domingos y fiestas de guardar, impusiera un sacrificio parecido al que impone el asistir al cine o al teatro, ¿cuántos serían los fieles que oírían Misa? Decididamente se ha vuelto tan complicada y fatigosa la vida moderna, que resulta más hacedero y sencillo servir a Dios que servir al mundo.

Bien visto el caso, ahora cuesta menos salvarse que condenarse. Son más razonables, más holgadas y más baratas las leyes de Dios que las leyes de la moda. Es más fácil ir a una bendición en cualquier iglesia, donde siempre hay lugar y no cobran nada, que a un partido de fútbol.

Es menos peligroso volver de la procesión de Corpus, que de una manifestación.

Se tarda menos y se alegra más confesándose y comulgando que asistiendo a un entierro con discursos aburridos.

Agotan más tres días de carnaval, que cuarenta de Cuaresma.

Es mejor dar 20 pesos de limosna que perder 200 en las carreras. Y es más seguro ganar indulgencias que ganar en la ruleta. Y más barato ayunar o guardar abstinencia, que comer mal en un banquete.

En suma: los mundanos realizan más sacrificios por cumplir con el mundo, que los buenos cristianos por seguir a Cristo.

Y sin embargo son más los que hacen todas esas cosas difíciles, que no les servirán para nada, que los que hacen las cosas fáciles que sirven para la eternidad.

HUGO WAST.



AMOR A LA CRUZ

EL RENUNCIAMIENTO

— IV —

VENGAMOS a la práctica y preguntémonos en qué medida y por qué actos podemos practicar el renunciamiento.

1) Sin duda alguna que Nuestro Señor es muy categórico cuando afirma la necesidad del renunciamiento; por ejemplo, cuando en el sermón de la Montaña dice: “*Si tu pie te escandaliza, córtatelo; si tu ojo te escandaliza, sácatelo...*” Pero esas declaraciones, tan categóricas como son, no desmienten en nada otras no menos auténticas, por ejemplo: “*Mi yugo es suave y mi carga ligera*”. “*No acabo de romper la caña cascada ni de apagar la mecha que todavía humea*”. Y sobre todo, “*Prefiero la misericordia al rigor*”.

El Jansenismo hace del renunciamiento un principio absolutamente inhumano y desesperante, a tal grado exagera sus exigencias. Nuestro Señor, al contrario, hace de él un principio bienhechor.

Cuanto más importante es una doctrina ascética, tanto más debemos cuidarnos de exagerarla. Hay artículos ascéticos que se parecen a ciertas sustancias venenosas empleadas en medicina o a ciertas prácticas que se usan en cirugía: la dosificación de los ingredientes es de capital importancia y las más grandes precauciones se imponen en el manejo de los instrumentos de cirugía; si no, el remedio o la operación que debían salvar al enfermo lo matan.

* * *

2) En materia de abnegación es necesario precavernos contra dos clases de ilusión; como debemos hacerlo, por lo demás, en todas las otras virtudes: el exceso por carta de más o el exceso por carta de menos.

En general, se peca más bien por defecto que por exceso de renunciamiento. La poquísima abnegación que tenemos es lo que explica todas nuestras faltas, todas las medianías en la virtud y aún a menudo la mediocridad en el talento.

“¡Ah, la pereza, esa maldita pereza, ese horror a la dificultad y al esfuerzo es lo que hace todo lo malo (1)” e impide el éxito.

* * *

Sentemos, pues, ante todo algunos principios que preven- gan todo abuso.

1º—*Bajo pretexto de hacer un sacrificio, nunca creamos que Dios nos pide algo contra la obediencia.*

Por no haberlo comprendido así, qué penosas perplejidades tuvo que sufrir una santa María Margarita.

2º—*Nada que turbe la paz de las almas de buena voluntad.*

3º—*Nada que exceda a nuestras fuerzas físicas.*

4º—*Nada que supere a nuestras fuerzas espirituales.*

5º—*Nada que mutile nuestra naturaleza —espíritu, cora- zón, talento—.*

6º—*Nada que extinga nuestros afectos legítimos —hacia nuestros padres, bienhechores, amigos—.*

No creamos nunca que Dios nos pide lo imposible, es decir, que suprimamos la sensibilidad y todo lo que de ella se sigue.

* * *

Al lado de esos principios, que ponen en el renunciamiento la justa medida, agreguemos algunos otros que justifican todas las audacias de los santos.

Los santos, en efecto, tienen con qué confundirnos con sus audacias en esta austera virtud.

San Juan de la Cruz consagra toda su vida al sufrimiento y a la humillación: “*Pati et contemni pro te, sufrir y ser des- preciado por ti*”, será su divisa.

Santa Teresa va más allá cuando desea: “*O padecer o morir*”.

(1) P. de Ravignan.

Mejor aún, Santa Magdalena de Pazzis afirma: “*Sufrir y no morir*”.

“*Yo provocaré a los leones, dice San Ignacio de Antioquía, porque debo ser triturado para convertirme en el trigo del Señor*”.

Nuestra falta de generosidad se sentirá muy tentada de tachar esas heroicas generosidades de exageración y aún de locura.

Pero no, los santos son los más prudentes de los prudentes y, si entramos en sus principios, nada más razonable que esos pretendidos excesos.

* * *

PRIMER PRINCIPIO

LA VIDA SOBRENATURAL SE DESARROLLA EN LA MEDIDA EN QUE MORTIFICAMOS LA VIDA NATURAL: “*Mihi vivere Christus est et mori lucrum. Para mí vivir es ser Cristo y morir, una ganancia*”.

SEGUNDO PRINCIPIO

EL AMOR DE DIOS SE ALIMENTA, CRECE, SE FORTIFICA CON TODO LO QUE PIERDE EL AMOR PROPIO —amor exagerado del bienestar físico o moral.

TERCER PRINCIPIO

EL MEJOR USO QUE SE PUEDE HACER DE LA MEJOR DE LAS COSAS ES SACRIFICARLA AL AMOR, A LA VOLUNTAD DE DIOS.

Es lo mejor para nosotros, porque somos más amados de Dios cuanto más y mayores sacrificios aceptamos por agradecerle.

Es mejor para la cosa misma que algunas veces nos es devuelta bajo la misma forma (2), y en todo caso siempre bajo una forma mejor en la bienaventuranza del cielo.

SEMINATOR CHRISTI.

(2) Job recobró todo lo que había perdido y en mayor abundancia.



LA DEVOCION AL PADRE

— IV —

¡QUÉ de santos, imitando a Nuestro Señor, nos dan ejemplo de una tierna devoción al Padre!

San Pablo nombra al Padre Eterno cuarenta veces; a menudo se interrumpe para mencionar o invocar al "*Padre de Nuestro Señor Jesucristo*". En ninguno de los preámbulos de sus Epístolas se olvida de recordar los títulos que tiene para que lo amemos; y para el Apóstol, la devoción al Espíritu Santo, por otra parte capital, vale sobre todo por el hecho de que el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre, el que nos enseña a llamarlo: "*Abba, Pater!*"

En el Evangelio de San Juan y en las Epístolas del discípulo amado, el Padre está continuamente presente: el Hijo es el que ha salido del Padre; existía en el principio con el Padre; vino a la tierra a comunicarnos la vida del Padre y a darnos a conocer al que lo enviaba:

"Lo que fué desde el principio, esa vida eterna que eternamente subsistía en el seno del Padre, os la anunciamos, a fin de que vivamos todos en sociedad con el Padre".

Si nos alejamos de los principios del Cristianismo, encontramos a Francisco de Asís: en su juventud es tan dádivo, que su padre, exasperado por la prodigalidad de sus limosnas, lo cita a comparecer ante el Obispo de Asís. Le condenan a abandonar su herencia. Pero ¿qué significa eso para él? Renuncia a todo, se despoja de todo, aún de sus vestiduras, y recordando la palabra de Nuestro Señor: "*Las aves no hilan ni cosechan, los lirios de los campos no tejen su corola; todo les viene del Padre que no abandona a nadie*", exclama: "*En adelante podré decir mejor: ¡Padre nuestro que estás en los cielos!*"

La devoción al Padre en Santa Catalina de Sena y en Santa Magdalena de Pazzis fué notable. Se conservan en ellas los prolongados coloquios con el divino Padre (1). De todos los santos modernos, escribe el P. Faber, San Ignacio parece el más notable por una devoción especial al Padre Eterno. El pensamiento de fundar su orden le fué inspirado de una manera particular por el Padre y fué un don del Padre al hijo (2).

(1) Sauv : "*Dieu intime*", t. IV, p. 57. Allí se encuentran muchas indicaciones preciosas.

(2) Faber: "*Belén*", t. II, p. 300.

Uno de los hijos de San Ignacio, el P. Fernando Monroy, recorría a menudo, según se cuenta, la residencia que habitaba, murmurando, —eco verdadero del grito del Serafín de Asís: “¡Jesús no es amado!”—, la súplica ardiente: “*Ardenter diligamus Patrem aeternum! ¡Amemos con un amor inmenso al eterno Padre!*”

Más próxima a nosotros está esa alma cuyas notas espirituales publicó el P. Poulain, Lucía-Cristina. Manifiesta un culto notable por el Padre (3).

Veamos, por ejemplo, este párrafo de su diario:

“*Al fin de la misma oración mi espíritu me representó de nuevo ese temor de reprobación que llena a mi alma de terror. Entonces la voz del Padre me consoló, uniéndose de una manera especial a mi alma. El carácter de la Palabra del Padre es la autoridad divina, llena de majestad y de bondad, que impone la paz al alma; es el Creador considerando la obra de sus manos y dignándose confortarla; es la mirada del Padre sobre su hijo llena de poder y de solicitud; pero en Dios Padre esa solicitud es mejor y más tierna que toda la ternura maternal.*”

“*Escuché solamente estas palabras: “¡HIJA MIA, MI HIJA QUERIDA!” y sentí el amor de ese Dios Creador que quiere salvar a su pobre criatura y que lo quiere con una voluntad divina. Y así mi alma recobró la confianza y la paz, y la tentación fué barrida de ella sin que volviera a aparecer después.*”

“*Varias veces más tarde y en los días siguientes, mi alma, elevándose al divino Padre para darle gracias y adorarlo, se vió absorta y estrechada, durante algunos instantes, con el abrazo paternal de Dios...*”

“*¡Ay, Dios mío, ay! ¡los hombres tienen un Padre, un Padre tan bueno, y no lo conocen!...*”

En fin, porque no es posible citar todo, recordemos a esa viuda del heroico oficial de marina, Pedro Dupouey que, por su ejemplo de una magnífica vida cristiana, contribuyó a la conversión d'Henri Ghéon (4), mujer valerosa entre todas y de una fe profunda como su esposo. Hablando en una carta íntima de su duelo, decía: “*Los dos (su esposo y ella) habíamos hecho juntos el sacrificio. Otros me tomarán por una loca, pero a usted, Padre, se lo puedo decir: desde que murió, no han cesado mis acciones de gracias... El ve a Dios; le tengo envidia; en adelante no me separaré jamás de él... En cuanto a mi hijo, ya no tiene padre en la tierra; pero lo he entregado al Padre del cielo (5).*”

R. PLUS.

(3) Poulain: “*Journal spriritual de Lucie-Christine*”.

(4) Henri Ghéon: “*L'homme né de la guerre*”.

(5) André Gide: “*Le lieutenant de vaisseau P. Dupouey*”. Correspondant, 10 juin 1919. p. 834.

EL SANTO DEL MES

“**L**A persecución, escribe el P. Ixida, comenzó con agosto y terminó con septiembre, y en todo ese tiempo no salí de Nagasaki; pero cuando creí que mi presencia en la ciudad ya no era necesaria, y que después de los fieles se dedicarían a cazar a los misioneros, me dirigí a Omura con el fin de entrevistarme con alguno de nuestros Padres. A los pocos días me llegó una carta del P. Provincial que me mandaba volver cuanto antes a Nagasaki para confesar a un cristiano gravemente enfermo. Aunque aquel viaje me parecía una temeridad, obedecí con gusto extraordinario, porque el corazón me decía que esta vez el Señor me quería su prisionero, y yo deseaba ser cogido en el cumplimiento de una obediencia”.

La prisión del P. Ixida no podía encontrar una ocasión más santa y un motivo más elevado. En la mañana del 14 de noviembre de 1629 acababa de celebrar la misa, cuando lo tomaron preso.

Fué encerrado en un calabozo, con cepos. En la prisión estaban además el P. Gutiérrez, un catequista y dos criados, todos con cepos en los pies, que muy pronto les cambiaron por unas argollas de hierro alrededor del cuello, con las que tenían a todos sujetos.

En diciembre, el P. Ixida y sus compañeros fueron trasladados a la cárcel de Mura y encerrados en un calabozo muy pequeño. Aquí los mártires estuvieron 18 meses. Ayunaban todos los días, no comiendo sino una sola vez un poco de arroz negro, hervido y sin condimento; dormían en el suelo y se disciplinaban sin piedad cuatro veces por semana. Las únicas ocupaciones suyas eran rezar, hablar de Dios y pedir el martirio.

Los prisioneros creyeron que había llegado el término, cuando el 21 de noviembre de 1631 los volvieron a Nagasaki; pero su deseo quedó defraudado cuando se convencieron de que aquello no era más que un cambio de cárcel. El P. Ixida fué sacado dos veces por orden del gobernador, que deseaba hacerle apostatar, por ser el Padre un japonés de pura raza, orador, de elocuencia y persuasión extraordinaria, que había recogido grandes frutos durante los largos años de su ministerio sacerdotal.

Para rendir la indomable resistencia del mártir acudió el tirano a la horrorosa tortura del agua hirviente del monte Ungén. Su cumbre se divide en varias quebradas, entre las cuales se abre una profunda sima, de la cual brotan hirvientes manantiales de aguas sulfurosas, que más que agua parecen una mezcla de ceniza y azufre, y forman un pequeño lago que esteriliza todos los contornos. A estas aguas fueron llevados el P. Ixida y sus compañeros el 3 de diciembre de 1631.

Alrededor del lago en donde muchos habían cedido, vencidos por las convulsiones y los ardores insoportables del azufre, es-

taban preparadas unas cabañas, bien separadas unas de otras, con el fin de que los mártires no pudiesen consolarse mutuamente. Los esforzados confesores de la fe quedaron encadenados cada uno en su respectiva choza. Al día siguiente fueron llevados a la orilla del lago, que echaba tanto humo y reventaba con tan ensordecedor ruido, que hubiera hecho estremeecer al más valiente a no estar sostenido por una gracia extraordinaria del Señor.

Con un gran cucharón de madera, en cuyo fondo había un agujero, los verdugos sacaban aquella agua hirviente, que luego esparcían sobre el cuerpo del mártir. Donde caía el agua, la piel se levantaba en ampollas, que pronto reventaban con agudísimos dolores de la víctima. Ni uno solo de los mártires flaqueó en su fe; sólo la joven María, la hija de Beatriz de Costa, se desmayó. La llevaron a su cabaña, le hicieron volver en sí; y al amanecer del día siguiente la enviaron a Nagasaki, sin tener para nada en cuenta sus protestas de que era cristiana y quería morir por su fe.

Presenciaba las torturas un médico que medía la resistencia del mártir y tasaba la duración del tormento, de modo que no sucumbiese la víctima; luego curaba las llagas para que se pudiese repetir la prueba. De los seis mártires, tres aguantaban la tortura de las aguas hirvientes dos veces al día, y los otros, entre ellos el P. Ixida, hasta seis veces. Así transcurrió un mes entero sin una queja, antes bien, dando cada día muestras de mayor fortaleza y alegría.

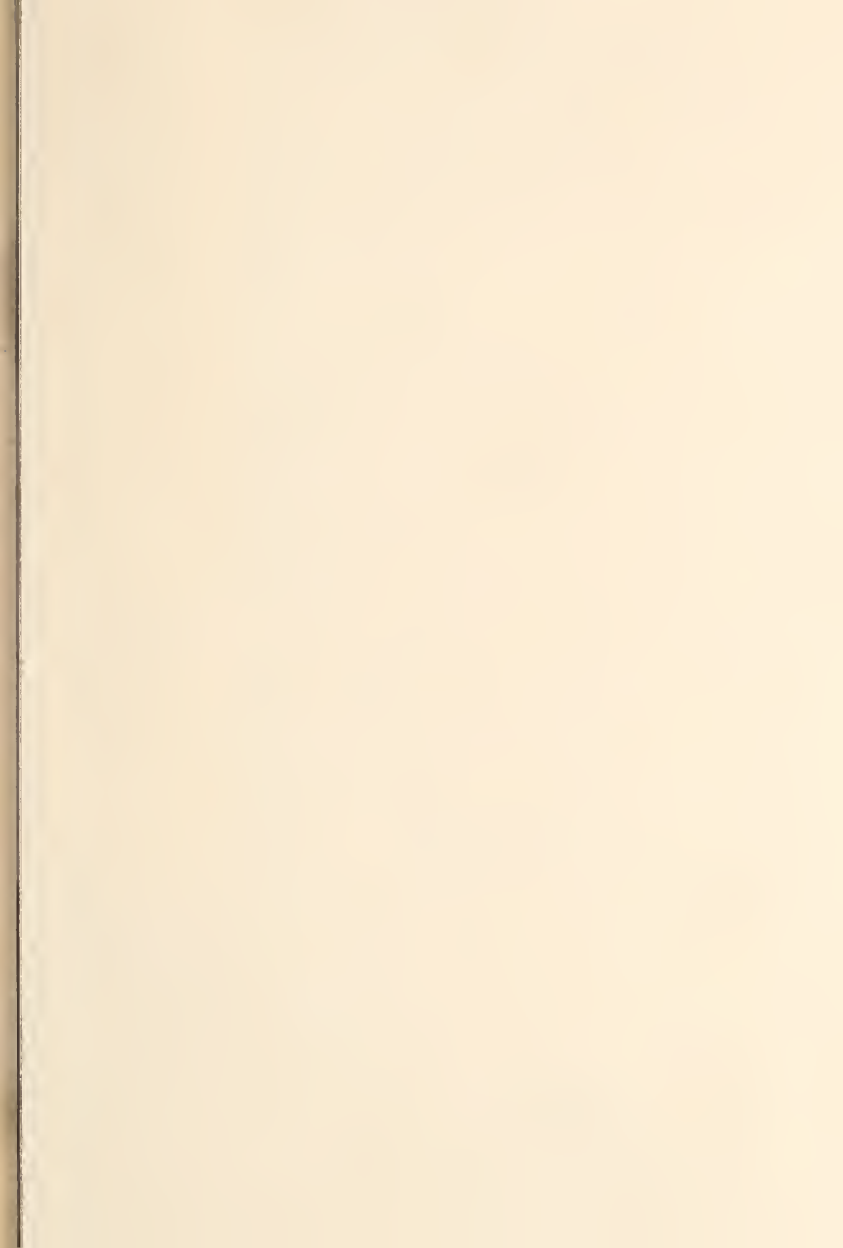
Además del suplicio de las aguas sulfurosas, fueron sometidos a un tormento moral todavía más doloroso. Quisieron obligarles repetidas veces a pisar un crucifijo, amenazándoles con precipitarlos vivos en los ardientes manantiales, si lo rehusaban.

Al P. Ixida que, atado de pies y manos, languidecía medio muerto en su cabaña, los verdugos le llevaron el crucifijo, ordenándole que hiciera alguna señal para indicar que lo pisaba. El mártir contestó, mostrando sus pies ensangrentados y llagados:

—Antes de hacerlos servir para tan enorme sacrilegio, me los tendréis que cortar.

Agotados todos los recursos para hacerles apostatar, el día 3 de septiembre de 1632 el P. Antonio Miguel Ixida y sus compañeros fueron sacados a la hoguera. “¡Gloria a la fe de Jesucristo!”, repitieron al ser atados al poste por un solo dedo, con el fin de que pudiesen escaparse, si apostataban. Las llamas comenzaron a lamer aquellos cuerpos llagados, hostias preparadas para el holocausto; y muy pronto terminó el sufrimiento. Las almas, tan cruelmente probadas, volaron al cielo para recibir un premio eterno.

J. LEAL.



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 1542

FOR LIBRARY USE ONLY.

FOR OFFICIAL USE ONLY

